

15
cénts.

PLUMA Y LÁPIZ

15
cénts.

Año VI.—Núm. 235.

Barcelona 29 Abril de 1905.

Dirección, redacción, administración é imprenta, Casa Editorial Maucci, Mallorca 166



LAS NOCHES HORRIBLES DE RUSIA.—UN CENTINELA ATERIDO POR EL HIELO



COSACOS DESPEJANDO UNA LÍNEA
FÉRREA INTERCEPTADA
POR LOS HIELOS

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Las operaciones militares de ambos ejércitos están como suspendidas y las escaramuzas que de cuando en cuando se libran no tienen importancia. Es evidente que la aparente quietud de los japoneses obedece á que preparan algún plan del que por ahora no es posible tener conocimiento. Después de haber sacrificado de 45 á 50.000 hombres en Mukden no es probable que ahora, durmiéndose sobre sus laureles, esperen que los rusos estén en condiciones de resistir para emprender entonces de nuevo la ofensiva. No. Los japoneses, como tantas otras veces ha sucedido, ocultan sus movimientos para mejor sorprender al enemigo, pero no están inactivos.

Mucho más fácilmente se explica la inmovilidad de los rusos. Avanzar, no pueden; retroceder, no les conviene. Permanecen, pues, firmes en su puesto y esperan. Esperan los refuerzos que lentamente se envía de la metrópoli, los cañones que les hacen mucha falta, las municiones de que andan escasos.

Y cuantos siguen con interés las vicisitudes de esta larga campaña, fijan ahora con preferencia su atención en la marcha de la escuadra rusa que manda el almirante Rodjestvenski, esperando que de un momento á otro empeñe batalla con la del almirante Togo. El ansia brutal de que ocurra este choque ha hecho decir ya á muchos periódicos que se había librado una batalla en el mar de China, siendo así que aun no se ha disparado un cañonazo.

De todos modos la expectación es grande y todo se vuelve cálculos acerca de cual de los dos adversarios tiene más probabilidades de alcanzar la victoria.

Más adelante encontrarán los lectores de PLUMA Y LÁPIZ un detalle aproximado de las fuerzas con que cuentan rusos y japoneses. Está traducido literalmente de *Le Journal*, periódico que siempre ha defendido la causa rusa, de modo que no puede parecer sospechoso de parcialidad en favor de los japoneses.

Dejando aparte la superioridad numérica de los japoneses hay que recordar que, aun quedando ven-

cedores los rusos, no podrían hacer gran cosa, pues una batalla naval dejaría sus buques en un estado lamentable y sólo tienen un arsenal ¡cuán lejano! el de Vladivostok, para reparar sus averías. Carece la escuadra rusa de buques rápidos, de modo que tampoco podría evitar que los transportes japoneses desembarcaran tropas y municiones en Port-Arthur ó en Fusán. Para hundir todos los acorazados y cruceros de Togo sería menester un esfuerzo tan grande que la escuadra de Rodjestvenski quedaría reducida á su vez á tres ó cuatro unidades de combate. ¿Y qué podría hacer con ellas?

Se dice que el jefe ruso tiene el propósito de ir á Vladivostok. Y claro es que necesita ir allí, pues no puede permanecer indefinidamente navegando y gastando carbón, que buena falta ha de hacerle. Pero ¿irá á Vladivostok antes de librar combate ó después? Y si los japoneses rehuyen la batalla ¿cómo se las compondrá para hacérsela aceptar?

Una escuadra mucho mejor, más homogénea y más poderosa que la de Rodjestvenski se encerró en Port-Arthur. Recuérdense aquellos á quienes entusiasma la perspectiva de que la escuadra del Báltico llegue al puerto de guerra del Pacífico.

El general Batianoff

Es un veterano de la guerra turco-rusa, que estaba ya en la escala de reserva, de la cual se le saca para encargarle el mando del 2.º ejército ruso que mandaba el general Bilderling. Ha marchado ya á tomar posesión de su nuevo cargo y los corresponsales extranjeros que han hablado con él aseguran que marcha lleno de entusiasmo y muy esperanzado al teatro de la guerra. Cree que aun quedan á Rusia hombres y recursos para conseguir que cambie la suerte de las armas y hacer que los japoneses vuelvan á su país después de ser derrotados en el que han invadido.

Los rusos deben desear que no se equivoque el nuevo comandante del 2.º ejército; pero su mismo nombramiento indica que la desorganización mili-

tar es tremenda en Rusia, lo cual forma un contraste notable con lo que ocurre en el Japón. Cuando el antecesor de Batianoff fué nombrado para el alto puesto de que ahora se le arroja, hacía ya seis meses cumplidos que había empezado la guerra y había, por lo mismo, motivos suficientes para saber ya á quien se confiaba mando de tanta importancia. Pero no debía entenderlo así el Estado Mayor ruso, y nombró á Bilderling y á éste le vino ancho el mando y no dió pie con bola é hizo una retirada maravillosa por el desorden que reinó en ella.

Se le ha tenido que substituir lo mismo que á muchos otros generales que han resultado de una ineptitud asombrosa, y que, á pesar de ella, han estado mandando brigadas y divisiones y cuerpos de ejército como si fueran estrategas de primer orden. Kuropatkin les quería á su lado y así fué ello. El general Stacl-elberg, uno de los caídos en desgracia, parece hermano gemelo de aquel otro general famoso, lord Methuen, que en la guerra anglo-boer batió el record de las derrotas, llevando

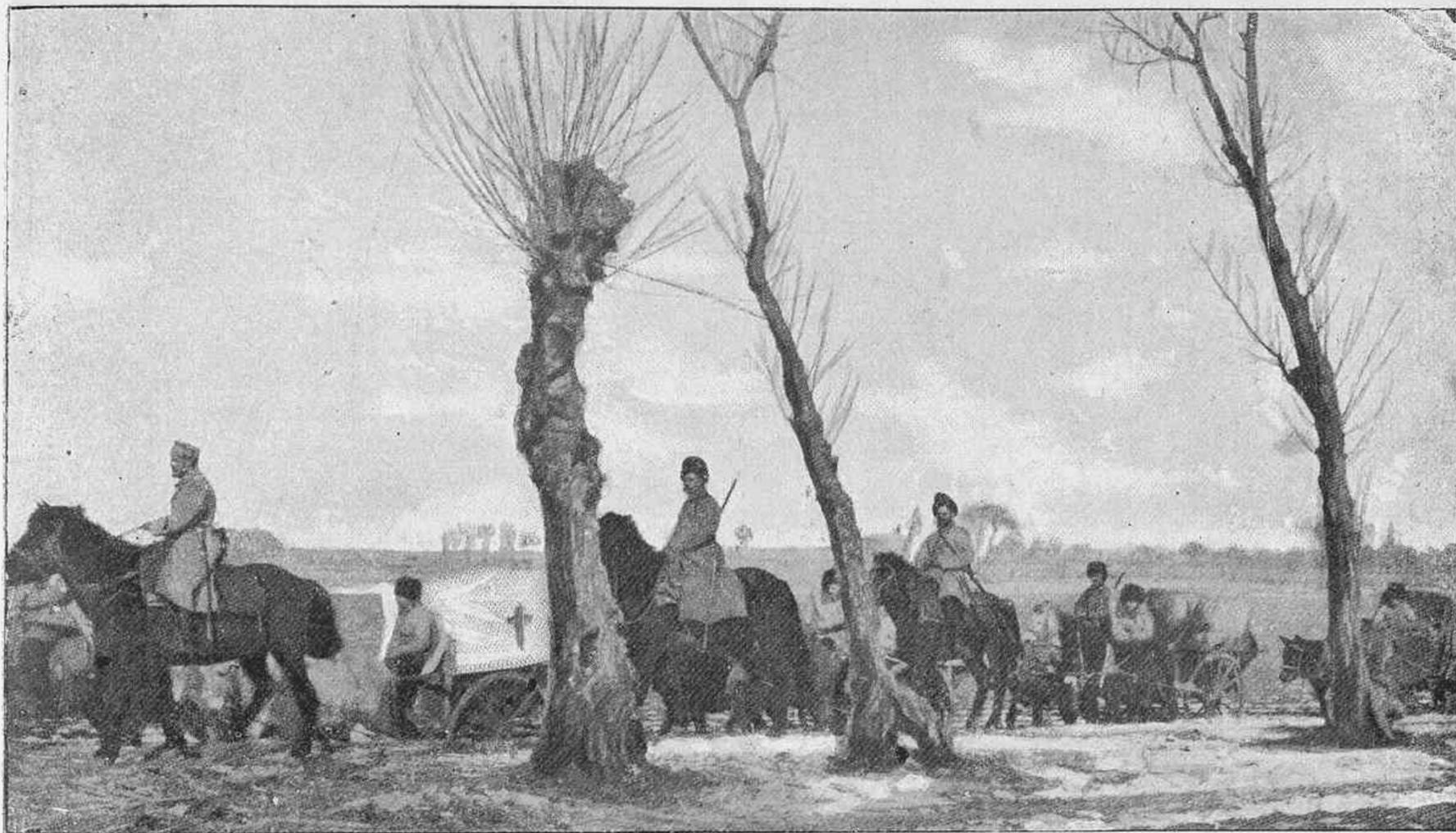
de brigada ni un general de división. Todos se han portado como buenos.

¿A qué obedece contraste tan evidente? A que en el Japón han llegado á los primeros puestos de la milicia los hombres que más lo merecían y en Rusia se ha dado tales puestos á los hombres que han tenido más influencia por una ú otra causa.

Se dice que el viejo general Batianoff es hombre de gran mérito. ¿Por qué, pues, haberle dejado arrinconado hasta la hora del supremo peligro, cuando quizá ya no queda remedio?

Un discurso del conde Okuma

En el momento en que se habla por todas partes de la cuestión de la paz, es conveniente conocer la opinión que acerca de ella han formado los estadistas japoneses. Así se puede saber si se resolverá pronto el conflicto actual y cuáles son las ambiciones de los japoneses. El conde Okuma ha pronunciado hace poco un discurso en la Universidad de



LA CRUZ ROJA ESCOLTADA POR COSACOS DEL URAL

su desgracia hasta el extremo de caer prisionero con toda su columna. El mismo general Kuropatkin resultaría un jefe grotesco con su promesa de ir á firmar la paz en Tokio, con su orden del día del 1.º de octubre y la serie interminable de retiradas y derrotas que le han llevado hasta la funesta batalla de Mukden y hasta la dimisión de su cargo.

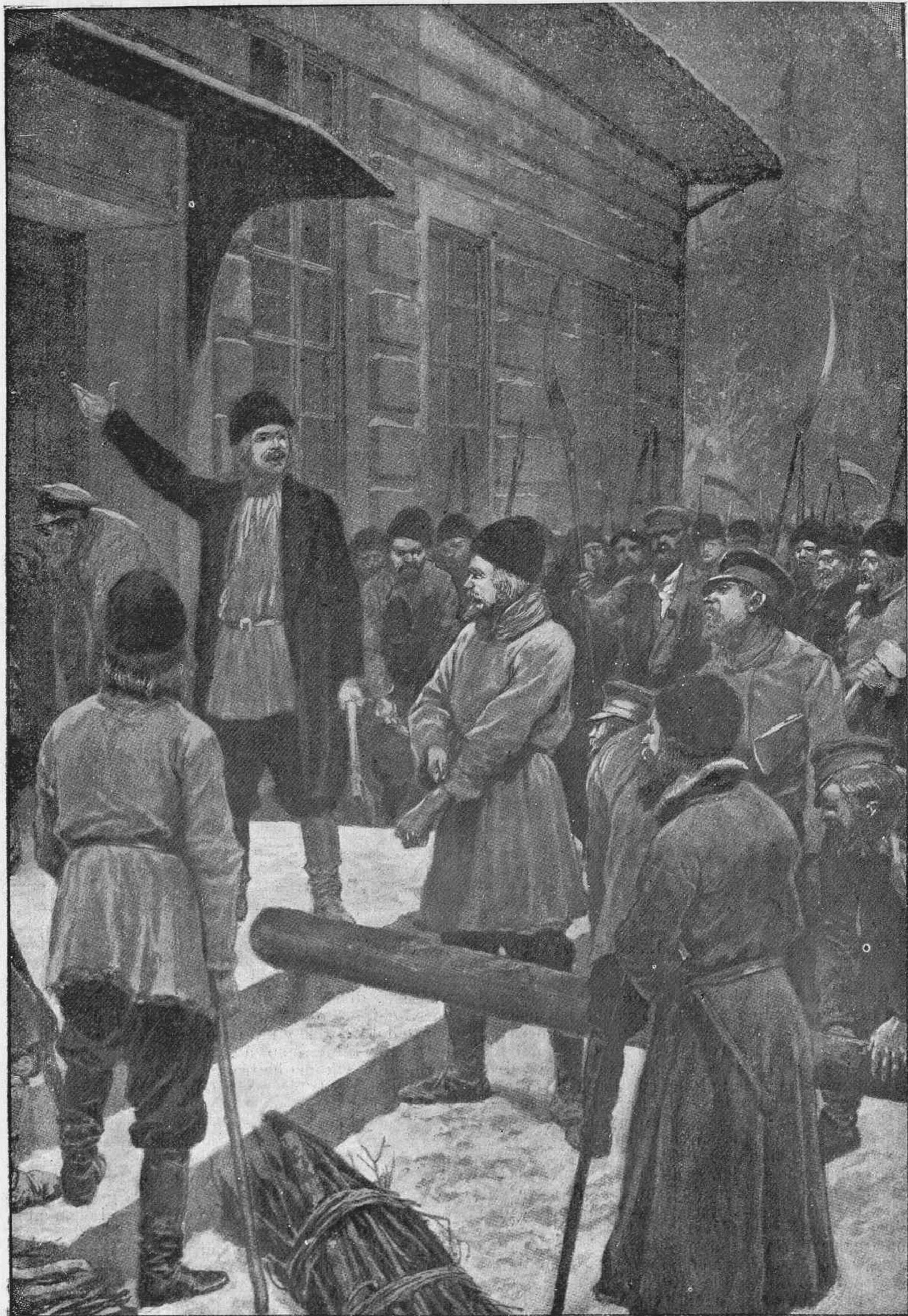
Los generales japoneses, en cambio, buenos ó malos, aptos ó ineptos son los mismos que abrieron la campaña, tienen á sus ordenes la misma gente, y no se han quejado jamás de su gobierno ó de su generalísimo, ni éste ha dudado jamás de la inteligencia y bravura de sus tenientes. Verdad que esos tenientes de Oyama recuerdan aquellos mariscales de Napoleón, que sabían ganar batallas por su propia cuenta y que en una acción combinada resultaban invencibles. Kuroki en el Yalú, Oku en Vufangku, Nodzu en Liao-Yang, Nogi ante Port-Arthur se muestran dignos de su jefe y de su patria. Lo propio ha pasado con los mandos subalternos. No ha sido menester cambiar un general

Waseda, dirigido á los socios de la agrupación coreo-china. Como el discurso del antiguo Presidente del Consejo y ministro del Exterior es muy largo, nos limitaremos á dar un extracto de él.

El conde Okuma ha tratado de la «potencia del Japón en el Asia oriental.» Convencidísimo del poder de su país, cree que los últimos acontecimientos le colocan al nivel de los siete grandes Estados que ejercen una influencia preponderante en todas las cuestiones de política internacional, y que tienen derecho á intervenir en todos los grandes acontecimientos. El Japón es la octava grande potencia. El Japón representa en Africa el elemento progresivo, joven, liberal.

El antiguo Presidente quisiera que, en cierto modo, el Japón practicara la doctrina de Monroe en el Asia oriental, no tolerando que otra potencia contrarreste la influencia japonesa. Rusia seguía una política de invasión y de expansión á la que era necesario que el gobierno japonés se opusiese.

El señor Okuma preconiza la integridad de Chi-



LOS DESÓRDENES DE RUSIA.—ESTUDIANTES RUSOS INCITANDO AL PUEBLO
A ASALTAR LAS CASAS DE LOS ARISTÓCRATAS

na y aconseja que se aliente á ésta en su resistencia á la desmembración que quieren realizar las naciones occidentales. Sólo un país es capaz de hacer que China se civilice: el Japón. Pero antes de tratar á China con toda la benevolencia á que es acreedora, hay que hacerle sentir el poder de los japoneses.

Las razones que alega el Japón para erigirse en tutor de China, son ya conocidas: Ambas naciones son de una misma raza; ambas han tenido igual civilización. Por tal motivo ha de procurar el gobierno japonés que China progrese; y no tolerará que nadie se oponga á sus designios ni en China ni en Corea.

El conde Okuma indicó cuáles debían ser, á juicio suyo, las condiciones de la paz: «El objeto de esta guerra no ha sido la adquisición de territorios; pero hay que evitar el riesgo de reanudar la lucha dentro de unos años.» El conde Okuma cree sinceras las simpatías que las grandes potencias demuestran al Japón. Este deberá asumir la responsabilidad de asegurar la paz en el Asia oriental. Las condiciones de la paz, deberán desartales que descarten toda complicación futura.

Rusia, después de la caída de Port-Arthur, Mukden, y quizá Vladivostok, se verá obligada á evacuar toda la Manchuria. Se impondrá al gobierno

moscovita la cesión de Vladivostok, Sakhalin y provincias marítimas. No deberá exigirse ningún territorio siberiano. El Japón deberá poseer el ferrocarril del Este de China y el trozo del Transiberiano que termina en Vladivostok. Será preciso obligar á los rusos á que abran Siberia al comercio é industria del extranjero.

¿Qué hará el Japón de Manchuria? Devolverla á China; pero después de pacificarla del todo y bajo determinadas condiciones.

Hasta aquí el conde Okuma. ¿Se parece mucho

su programa al del gobierno de Tokio? Es de creer que sí.

Mukden y la alegría japonesa

Había tenido que trasladarme de Tokio, mi residencia habitual, á Kyoto, la antigua capital del Japón, donde me proponía pasar unos días en casa de un compatriota. Esperaba poder descansar á mi sabor en la antigua ciudad de los shoguns que, por su aspecto y por sus calles, casi siempre desiertas, recuerda Versailles, esa otra capital abandonada.

No había contactado con la huésped. Durante la noche que siguió á la toma de Mukden, todos los habitantes de Kyoto habían ganado ya sus domicilios, cuando una horda de *gogai* (vendedores ambulantes) se precipitó como un alud por las calles desiertas, blandiendo sus sonajeros y vociferando el acontecimiento que los telegramas de la víspera dejaban ya prever.

—¡La toma de Mukden! ¡La toma de Mukden! *Banzai!* ¡*Banzai!*!

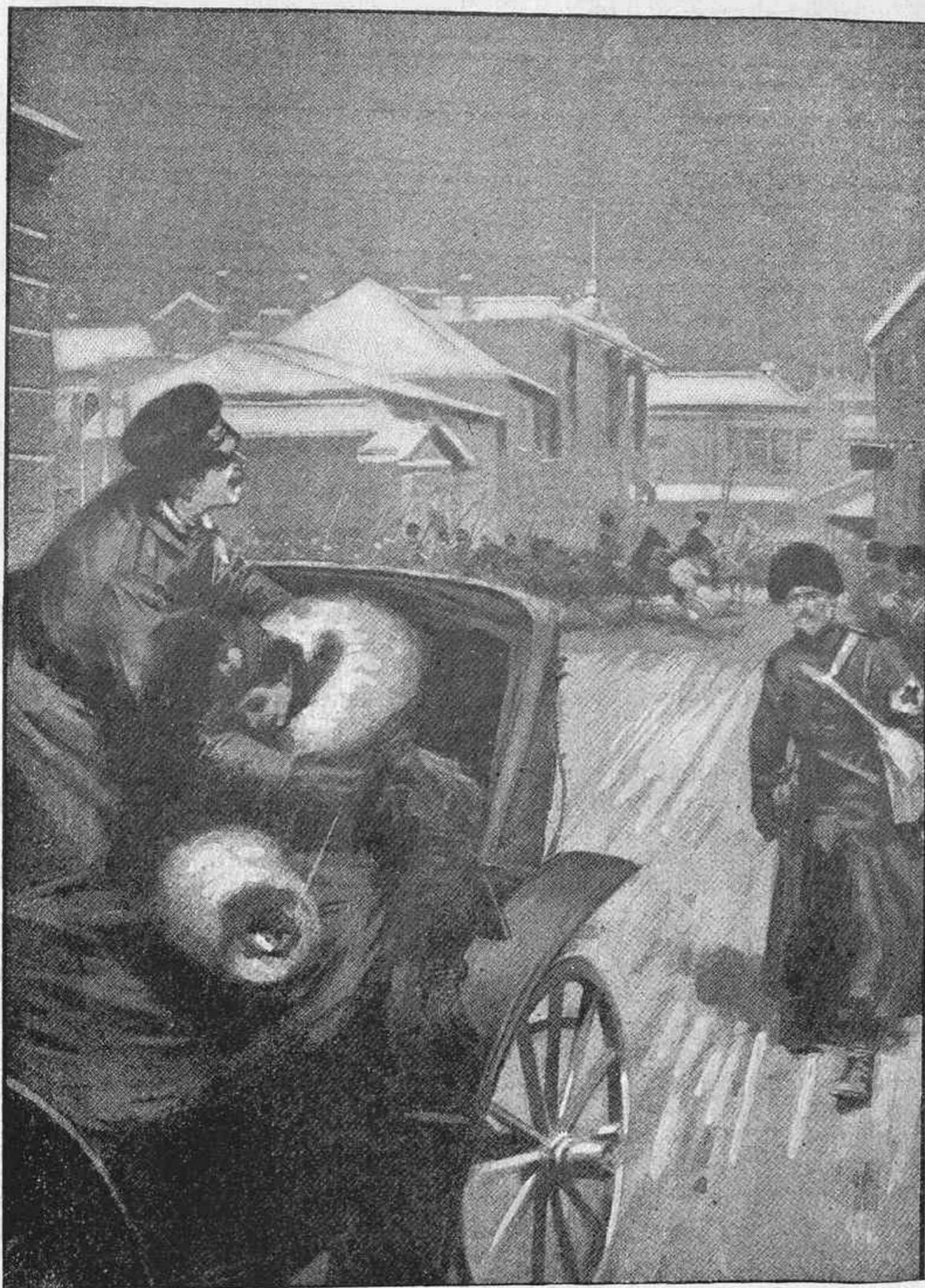
La noticia me dejó incrédulo, porque muchas otras veces había resultado falsa. Pero mi amigo entró bruscamente en mi cuarto agitando la hoja que su criado acababa de comprar á un *gogai*.

No era posible dudar. Un telegrama oficial de Tokio afirmaba la toma

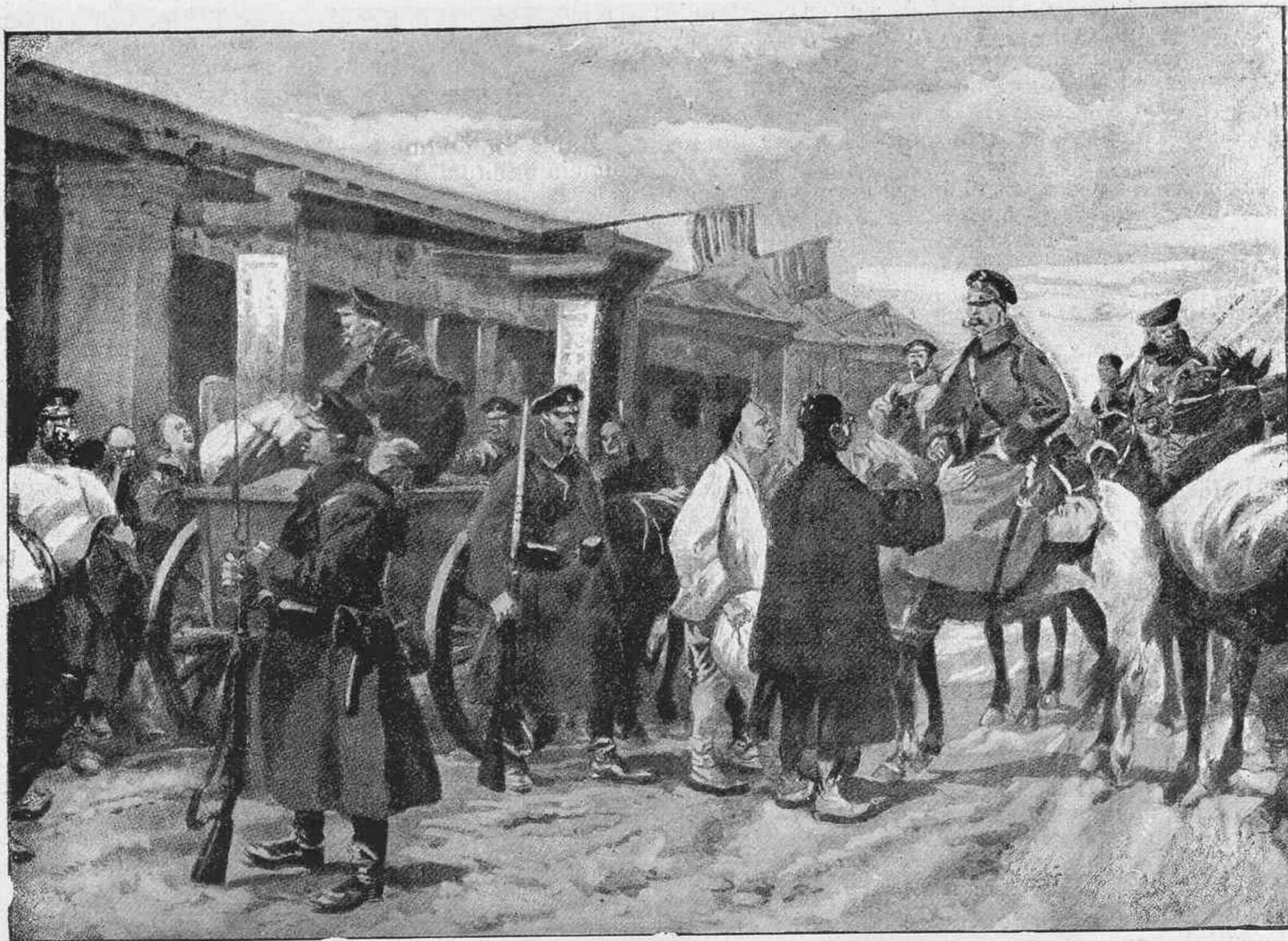
de la ciudad santa de los chinos. Creo poder afirmar que fueron muy pocos los habitantes de Kyoto que terminaron tranquilamente la noche tendidos en su esterilla. Una hora después de salir la hoja extraordinaria, todas las calles rebosaban gente. La algarabía era formidable, ensordecedora.

—¡*Banzai!* ¡*Dai Nippon Banzai!*—vociferaban millares de voces.

Este grito nacional es de difícil traducción. Es algo así como el *Long life!* inglés; *mil existencias al gran Japón!*, dice literalmente. En boca de los japoneses toma una expresión conmovedora; se



LOS SUCESOS DE RUSIA.—UNA DAMA VÍCTIMA INOCENTE DE LOS DISTURBIOS



OFICIAL RUSO INTERROGANDO Á DOS CIUDADANOS CHINOS

Siente vibrar en él un patriotismo ardiente, un culto fanático por el Emperador, un orgullo inconmensurable.

Pueden ustedes imaginar el concierto ensordecedor que formaban cien mil voces lanzando en todos los tonos el ¡*Dai Nippon Banzai!* Pero el concierto crecía de punto gracias á unos gritos de alegría feroz que ninguna lengua humana, excepto la japonesa, es capaz de lanzar. Al cabo de poco rato había más de un centenar de bandas de música por las calles y la orgía de júbilo llegó á un punto indescriptible.

Entre las tinieblas de la noche, grupos compactos que andaban en direcciones opuestas por las callejuelas, chocaban, se empujaban, se aplastaban bajo la luz multicolor de millares de faroles de papel suspendidos entre altos mástiles, que parecían haber surgido por generación espontánea del suelo, para celebrar el fausto acontecimiento. Olvidando su reserva habitual, sin cuidarse en absoluto de las diferencias de clases, las gentes se abrazaban vociferando de entusiasmo, y arrastradas por las contrarias corrientes, tenían tiempo, sin embargo, de trocar por medio de un ademán rápido los farolillos que llevaban en el extremo de un junquillo. No hay señal mayor de amistad entre dos japoneses que el cambio mutuo de esos objetos, que casi siempre llevan en una de sus caras el nombre de un héroe nacional ó el título de una asociación patriótica.

Después de recorrer los principales barrios de la ciudad, había vuelto á mi habitación, esperando que se calmaría la batahola y prodría dormir unas horas. No fué así.

Las manifestaciones cambiaron de carácter, pero no perdieron nada de su intensidad. Delante de mi

puerta, los muchachos del barrio disparaban esas ristra de petardos que al dispararse recuerdan el ruido del fuego graneado. Grupos de mendigos y murgas fementidas se detenían en las esquinas implorando la caridad pública y cantando á grito pelado.

Aparecieron luego los estudiantes que llegaban en grupos compactos, agitando dos banderolas y cantando el himno nacional, el famoso *Kimi Ga Yo*.

Poco antes del mediodía, cansado de dar vueltas por la cama, me decidí á salir otra vez á la calle. Las calles estaban desconocidas. Durante la noche y la mañana los obreros habían plantado innumerables mástiles delante de las casas y palacios. Ostentaban los colores nacionales y estaban cuajados de banderas, banderolas y linternas de toda clase de formas.

En un punto se veía una verdadera casa de fieras de papel de seda (perros, gatos, dragones, pájaros), balanceándose en el aire. Más allá surgía un jardín suspendido. En otras partes el viento agitaba enormes letreros en los que campeaban los nombres de los héroes japoneses, y el de Nogi era el que más abundaba.

Las fachadas de las casas, que no tienen nunca más de un piso, con excepción de los palacios y edificios públicos, desaparecían bajo un cúmulo de colgaduras de seda de distintos colores, entre las cuales se veían cuadros alegóricos y emblemas patrióticos. Los vendedores de cuadros y faroles habían rivalizado en ardor, y la multitud se agrupaba ante la casa de uno de esos industriales, que había pintado un cuadro inmenso representando las facciones de Kuropatkin.

La multitud que se estrujaba por las calles ofrecía uno de los cuadros más animados y curiosos

que sea posible admirar. Envueltos en sus *kimonos* mejores, hombres y mujeres de todas las clases sociales, jovencitas sonrientes, viejos caducos, graciosas *geishas*, madres de familia que llevaban suspendidos á la espalda por medio de un chal de seda sus niños de teta, y dando la mano á muñequitas animadas, pasaban ante mí cantando y vociferando su júbilo.

Y siempre el eterno grito dominaba el ruido de los chapines con suela de madera:

—¡*Banzai!* ¡*Dai Nippón Banzai!*

Aquel entusiasmo formidable acabó por contagiarme. Olvidando mi resolución de permanecer impassible ante aquel frenesí, sin ser dueño de evitarlo, empecé á lanzar «¡*banzais!*» á voz en grito.

Aquel entusiasmo produjo un curioso y encantador resultado. Pasaba una mujer joven, blandiendo un farolito rojo y blanco. Con un ademán impulsivo, acompañado de una sonrisa irresistible, me ofrecía con una mano su farolillo, invitándome con la otra á presentarle el mío.

Y se hizo el cambio, desapareció la joven, sonriendo, entre la multitud...

Las reformas rusas

Se ha calmado algún tanto la agitación obrera en las ciudades de Rusia. Persiste en el campo y crece en lugar de disminuir. Pero como la agitación obrera es la que se nota más en los centros administrativos, parece que se han tranquilizado á medias las autoridades rusas y ya no tienen prisa alguna en emprender las reformas tantas veces prometidas y nunca otorgadas.

El asunto va para largo. Ahora se dice que el ministro del Interior, señor Buligin, no es hombre que tenga habilidad bastante para cumplir el encargo que pensaba confiársele, y por lo tanto hay que substituirle, quizá con el señor Witte, quizá

con el antiguo titular del mismo ministerio, príncipe Sviatopolsk Mirsky.

No es creíble que ninguno de los señores citados ocupe el puesto para el cual se les indica; pero se ve claro que todas esas vacilaciones y substituciones obedecen al deseo de retardar las reformas. Se asegura, además, que aun cuando se otorgue alguna no afectará en lo más mínimo á la cuestión agraria, y quedando ésta por resolver, no hay que pensar en que sea duradera la calma en Rusia.

León Tolstoi ha propuesto que se otorgue tierras á todos los braceros sin trabajo, los cuales, á los dos años de cultivar el lote que se les conceda, estarán obligados á pagar una indemnización anual al antiguo propietario del terreno. Este, al haber recibido, al cabo de siete años, las dos terceras partes del valor de sus tierras, dejará de tener derecho alguno sobre ellas.

Una reforma tan sencilla resolvería, á no dudarlo, la amenazadora cuestión agraria; pero el Emperador y sus consejeros imaginan que esto sería algo así como una capitulación y no quieren pasar por ella. ¿Hacen bien ó mal? El tiempo se encargará de decirlo. Por lo pronto se puede asegurar una cosa: que en dos meses y medio de motines, incendios y saqueos, han causado más daños los campesinos á los grandes propietarios rurales que las pérdidas que les pudiera producir la reforma preconizada por Tolstoi.

El gobierno ruso no tiene fuerzas bastantes á su disposición para mantener el orden en las ciudades y en el campo. Si otorga alguna concesión á los obreros, será con el propósito de someter á los campesinos; pero los políticos rusos debieran recordar que es mucho más temible una sublevación de braceros del campo que otra de obreros de las ciudades, y que si ahora, con los rápidos medios de comunicación y de difusión de ideas, el gobierno trata mal á los mujiks y les somete á la fuerza, por medio



RETIRADA DEL EJÉRCITO RUSO

de castigos y deportaciones, dentro de pocos años, reproduciéndose el mal que ahora se creará extirpar, se hallará el Gobierno en pésima situación para reprimir los desórdenes que se produzcan.

Cuanto más se tarde en otorgar las reformas y cuanto menos radicales sean éstas, peor para los gobernantes. El Emperador lo reconocerá así cuando ya no sea posible remediar el daño.

Las dos escuadras

He aquí el detalle de fuerzas de ambas escuadras que publica *Le Journal* del 14 de abril:

Las operaciones navales que se desarrollan en el mar de la China, serán decisivas. Los rusos se juegan la última carta. Una victoria de éstos quitaría a los japoneses el dominio del mar, y aseguraría a Rusia una paz honrosa ó un posible desquite. Una derrota, por el contrario, daría completamente el triunfo a los hijos del Sol Naciente.

forma y puede ser comparado al *Sissoi-Veliki*. Hace falta citar aun, entre los grandes navíos de línea, a los tres guardacostas protegidos: *Hashidaté*, *Matsu-Shima*, *Itkum Shima* que triunfaron en el Yalú. Estos buques no tienen cinta acorazada, pero lleva cada uno una enorme pieza de 320 m/m cuya intervención podría ser muy eficaz. Sus resultados se han visto en la batalla del 10 de agosto.

En suma, los acorazados rusos montan veinticuatro piezas de 305 m/m, cuatro de 254 y sesenta y cinco de 152. Los japoneses les oponen tres piezas de 320 m/m, veinticuatro de 305, sesenta y dos de 152 y cuarenta y seis de 120.

Por esta parte, las fuerzas son casi iguales. Al contrario, la desproporción es dolorosa en cruceros, destructores y torpederos.

Los rusos no tienen sino dos cruceros acorazados, el *Dmitri-Donskoi* y el *Nakhimof*, dos venerables antiguallas del 1883 y 1885 que se han esforzado mucho en rejuvenecer. No hay que pensar si quiera



ESTADO MAYOR RUSO CONTEMPLANDO DESDE UNA DE LAS TUMBAS IMPERIALES LA BATALLA DE MUKDEN

Varias veces, hemos comparado las flotas de Rodjestvenski y de Togo. No es inútil, en vísperas de la batalla, recordar las fuerzas de las dos escuadras.

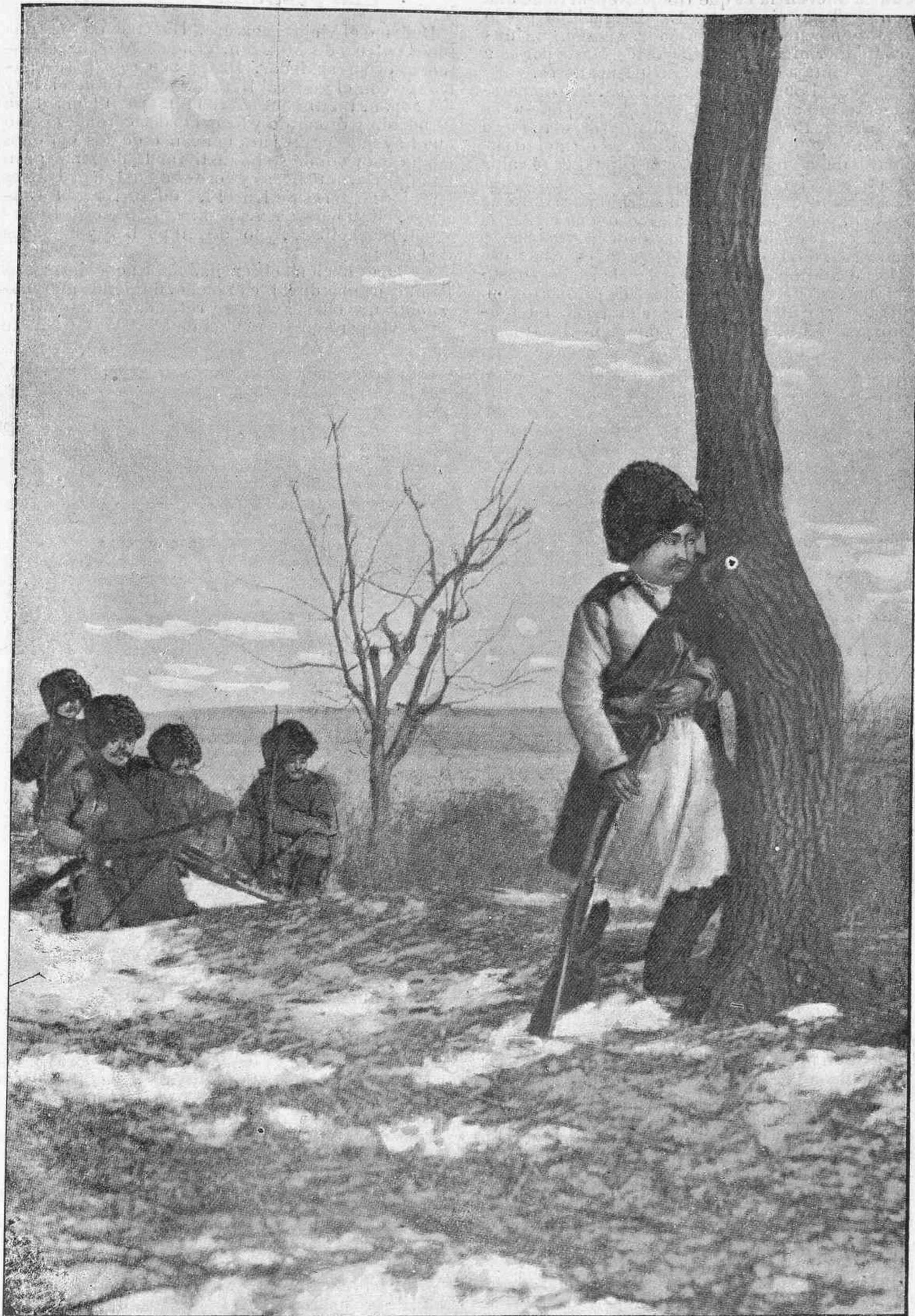
Los rusos disponen de siete acorazados. Dos de ellos, el *Navarin* y el *Sissoi-Veliki* son buques relativamente antiguos (1890 y 1894) y de muy pocas toneladas: 9.000. No reúnen las condiciones de protección de los modernos acorazados. El armamento está muy expuesto. El *Oslablia* es un buque híbrido, pareciéndose a un acorazado por el espesor de la coraza que es un poco mayor a la de los cruceros. Su artillería gruesa es inferior a la de los acorazados de los demás países, exceptuando los alemanes. Los otros cuatro: *Soavaroof*, *Borodino*, *Orel* y *Alejandro III* son buques de 13.000 toneladas, de construcción reciente, y análogos en protección y armamento a las mejores unidades de combate japonesas.

Estas, son cinco, tres de 15.200 toneladas: *Mikasa*, *Asahi*, *Shikisma*, y dos de 12.000 el *Fuji* y el *Yashima*. Un sexto acorazado, el *Chui-yen*, cogido a los chinos en 1894, ha sufrido una completa re-

en que puedan luchar contra las ocho excelentes y modernas unidades de la flota de Togo. Además de los seis cruceros acorazados de 10.000 toneladas del tipo del *Asama* hay el *Nisshin* y el *Kasuga* de 7.500 que reúnen los más recientes adelantos. Los doce cañones de 203 m/m y las veinticuatro piezas de 152 y de 120 de los cruceros rusos, hacen un triste papel al lado de los treinta y dos de 203 m/m y de las noventa y dos de 152 de los cruceros acorazados japoneses.

La flota rusa cuenta nada más con seis cruceros protegidos. Dos de éstos, solamente, el *Aurora* y el *Oleg*, tienen una artillería bastante fuerte, aunque insuficientemente protegida. El *Yemchug* y el *Izumrud*, de 3.000 toneladas, son excelentes y rápidos exploradores; pero sus cañones no sirven sino para luchar contra los torpederos. El *Svietlana* y el *Almaz*, son más bien yachts armados que buques de guerra. La escuadra japonesa tiene siete u ocho cruceros protegidos, más pequeños que los rusos, pero que están defendidos por una artillería tres veces superior a la de sus enemigos.

Los torpederos de ambas flotas, valen lo mismo.



COSACOS CENTINELAS DESTACADOS POR EL GENERALÍSIMO LINIEVITCH.
PREPARANDO UNA SORPRESA

La única diferencia es que Rodjestvenski tiene una docena y Togo cincuenta. La desigualdad por lo tanto, es enorme. Ambas escuadras poseen un número indeterminado de transportes. Hasta por esta parte, la ventaja es sin duda de los japoneses.

Respecto al punto de vista material, la comparación es terminante. La superioridad japonesa es abrumadora. Pero en una batalla naval, el número de cañones y de buques no es sino un elemento secundario de la victoria. El factor capital es el valor de las tripulaciones y de los jefes.

Los marinos japoneses, han sufrido poco durante la guerra, pero su trabajo ha sido enorme. Acostumbrados á vencer, fanatizados por la victoria, y prácticos en el manejo de los cañones por trece meses de continuas batallas y bombardeos, constituyen un instrumento de combate de primer orden. Mandados por un jefe que ha demostrado en muchas ocasiones su habilidad, y que tiene la autori-

Una pesadilla de Oyama

Duerme el viejo guerrero. Duerme en un suntuoso palacio de Mukden, conquistado por el esfuerzo de sus soldados. Ha pasado seis horas hablando con el general Kodama y con Oku, el Ney del Japón. Inclínados sobre un mapa inmenso, ha estudiado y discutido y ha quedado acordado el plan que hay que seguir para el avance de los ejércitos japoneses y dónde se ha de librar la próxima gran batalla. Durante horas y horas han barajado los tres jefes los nombres de Kuroki, Nodzu, Nogi, Kawamura, Kaulbars, Kuropatkin, Batianoff, Linievitch, Stackelberg, y los de mil pueblos y ciudades de China.

La imaginación sobrecitada por aquel largo trabajo, continúa durante el sueño, fingiendo marchas y contramarchas, avances y retiradas falsas que han de servir para engañar al enemigo. Para colmo de



RESERVISTAS CONducidos Á LA MANCHURIA Á LATIGAZOS

dad de la victoria, los marinos japoneses están á la altura de su misión.

¶ [No se puede decir lo mismo de la flota rusa. Los buques han sido armados precipitadamente. Para completar los cuadros, ha habido necesidad de llamar á las reservas y de acudir á la marina mercante. Estas heterogéneas tripulaciones se han unificado durante el curso de una campaña de seis meses. Sujetos á una férrea disciplina y perfectamente adiestrados en el manejo de la artillería, son ahora unos marinos bastante buenos; pero, les falta lo que hace la fuerza de sus adversarios; el haberse batido, y la costumbre de vencer.

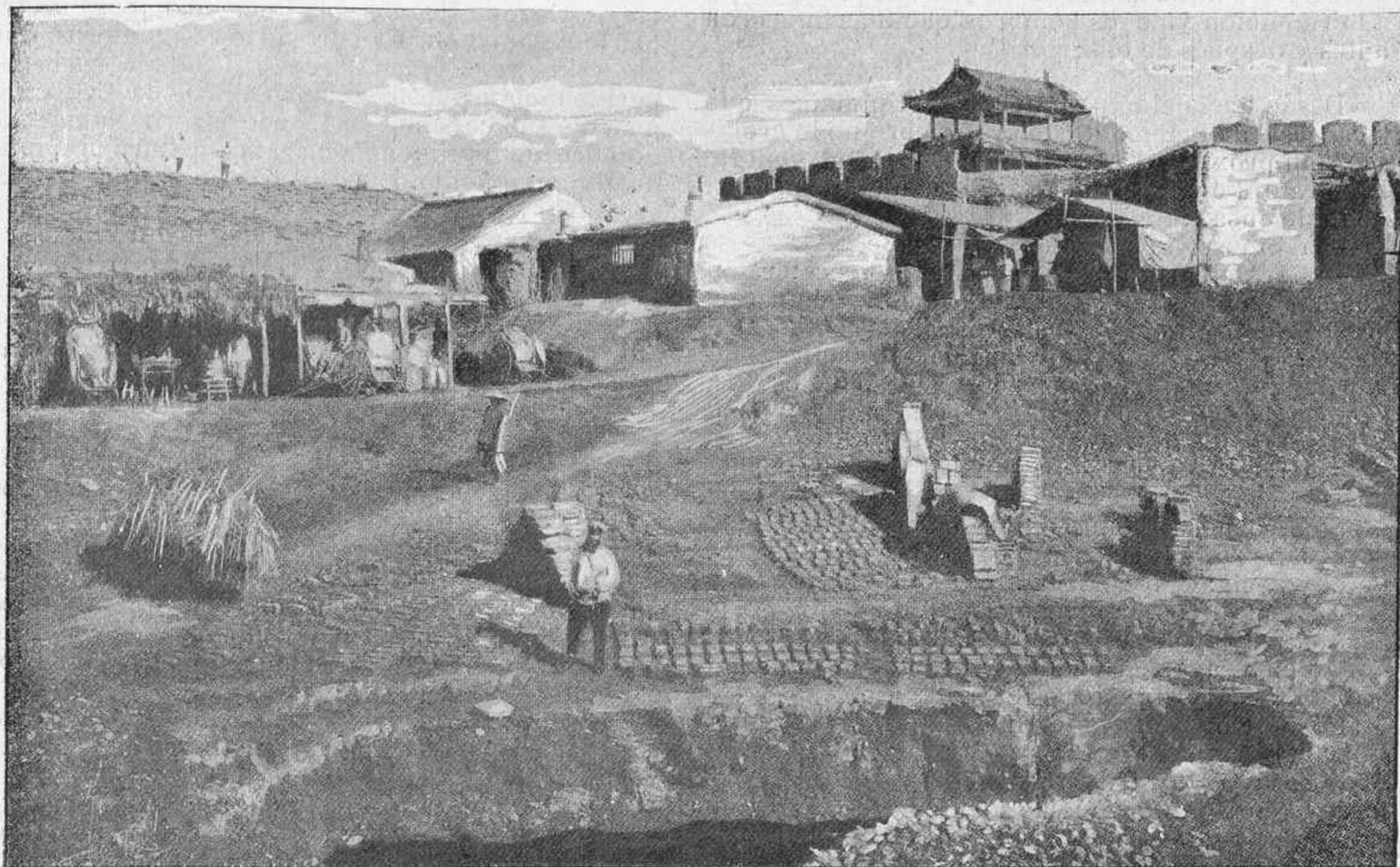
De Rodjestvenski se dice que es un jefe hábil. Deberá justificarlo cumpliendo una tarea terriblemente difícil. Sus probabilidades de vencer son pocas. Su gloria sería más grande si venciese. De todos modos, cualquiera que sea la suerte de las armas, es seguro que desde el almirante hasta el grumete cumplirán todos con su deber. Si sucumben, no será sin gloria.

desdichas, el mariscal, sin acordarse de que ha cumplido ya los sesenta y cinco, comió pocas horas antes una fuente de *keisa*, el inimitable y succulento guiso de arroz y pescado, y la digestión difícil hace que le asalte una espantosa pesadilla.

Sus tropas están en orden de batalla. Dos horas antes ha dado sus últimas órdenes, y por teléfono manda que el primer ejército inicie el ataque. Los rusos no le escapan esta vez. Ha tomado bien sus medidas. Tiene doble número de soldados que ellos, mejores posiciones, un ejército entero con un efectivo de 125.000 y 300 cañones á espaldas del enemigo, que entrará en escena en el momento oportuno. Waterloo, Sedán, Sadowa resultarán desastres infantiles comparados con la catástrofe que con tanta paciencia ha preparado y que ahora va á provocar.

El primer ejército se pone en marcha y empiezan el fuego quince baterías de campaña.

El segundo ejército avanza también. El cuarto inicia su movimiento y el quinto no tarda en seguirle.



TEJAR OCUPADO POR LOS SOLDADOS RUSOS

La extensa línea rusa abre á su vez el fuego. La batalla está trabada.

Oyama mira con su catalejo y de pronto lanza una blasfemia contra Shinto, el dios japonés. Vuelve á mirar y sus facciones se alteran, y una expresión de angustia indecible aparece en su semblante.

¿Qué ha visto el mariscal que tanto le trastorna? Sus soldados, tan intrépidos de costumbre, avanzan como vacilando; toman un camino, vuelven atrás, escogen otro, vacilan de nuevo, se detienen. Las baterías disparan despacio, no aprovechan las ocasiones de avanzar cuando es oportuno. Los batallones se despliegan con una lentitud abrumadora y que les es fatal, porque el enemigo tira contra la masa y hace blancos que enrojecen el suelo. ¡Y en todas partes ocurre lo mismo! ¡En el centro, en las alas, en la extrema derecha!

Y sucede lo más horrible, lo más inesperado, lo más asombroso. Los rusos, en vez de esperar á pie firme el ataque de sus contrarios, ahorran á éstos la mitad del camino y corren como enloquecidos al encuentro de los japoneses. Estos se detienen, se defienden; pero los rusos repiten sin descanso sus ataques; su artillería, que en las anteriores batallas parecía parálitica, avanza al galope, toma posiciones y ametralla sin descanso y sin piedad á los nippones. ¡La batalla va á perderse! ¡Los rusos volverán hacia el Sur! Ya resuenan sus *hurrales* bárbaros. ¿Qué hace el tercer ejército que no ataca por la espalda?

Los japoneses retroceden; no pueden resistir el empuje de sus contrarios. Oyama advierte que sus tenientes han dado la orden de retirada. Pasa un grupo de generales á corta distancia del mariscal; un grupo de generales á caballo, se retira á una altura para dirigir la retirada; una retirada que parece una fuga.

La ira brutal de los manchúes cuando Gengis-Kan les llevaba á la conquista del mundo, la cólera im-

petuosa de los samurais imperiosos, relampaguea en los ojos de Oyama. Hunde las espuelas en los ijares de su caballo y vuela hacia donde están sus tenientes. Cuando llega junto á ellos lanza un terno enérgico y queda boquiabierto. Aquellos cuatro hombres, que son los cuatro jefes de los ejércitos derrotados, que visten el uniforme japonés, no son Kuroki, Oku, Nodzu y Kawamura. ¡Son Stackelberg, Bilderling, Kaulbars, Meyendorff!

—¿Dónde están mis generales? vocifera Oyama, que ha desnudado su sable de samurai.

Bilderling se inclina con aristocrática finura y señala con la mano la ondulante línea de las tropas vencedoras.

¡Si! Oyama reconoce la mano y el corazón de sus tenientes en aquel avance parecido al de las mareas, irresistible y continuo. ¿Cómo ha ocurrido aquel inexplicable fenómeno? Sólo el demonio lo sabe. Pero Oyama quiere apurar su desventura y pregunta á Kaulbars:

—¿Y... quién... manda... mi tercer ejército... que no se ha movido?

El ruso mira con calma al japonés estremecido, sonríe con sarcasmo y dice:

—¿Quién había de ser? ¡Kuropatkín!

Oyama cae como herido por un rayo. Cae y.. despierta.

Y una vez sereno y tranquilo, se promete á sí mismo no comer en lo sucesivo ni una cucharada de *keisa*. No quiere más pesadillas.

Los hombres de Port Arthur

Ahora únicamente, después de cuatro meses de rendida la plaza, empieza á saberse lo que ocurría en Port-Arthur cuando los japoneses estaban sitiándolo, (y se conoce de un modo aproximado la valía de los hombres á quienes se confió su defensa.

He aquí lo que de sus compañeros de sitio dijo un alto funcionario ruso á un corresponsal extranjero,

á Luis Barzini, hablando de los días que precedieron á la rendición y de los hombres que más figuraron antes y después de ella:

«Desde hacía algún tiempo comprendíamos que se acercaba el momento doloroso; pero no lo creíamos tan próximo. Desde que murieron el general Kondratenko y el coronel Raschievski, faltó el alma de la defensa...

—»Y Stoessel? pregunté con extrañeza.

—»Stoessel no era ni artillero ni ingeniero; era un general administrativo; un gobernador, no un guerrero. No dirigió la defensa. Distribuía cruces, castigaba, y al día siguiente de un combate acudía al lugar de la lucha á dar las gracias á los soldados. Era como un rey constitucional, que reina y no gobierna. Stoessel no tenía ningún talento militar; era lo que Alexeieff en la marina: un general y un almirante de salón.

»Stoessel no era comandante de Port-Arthur, sino del Kuan-Tung. El Emperador tenía gran confianza en él y decía: «No estaré tranquilo hasta que Stoessel tome el mando del Kuan-Tung.» Y lo tomó y lo perdió. Los japoneses pudieron desembarcar tranquilamente, avanzar cuando les plugo sin oposición ninguna. Stoessel no les estorbó el paso.

»Poco tiempo antes de formalizarse el sitio llegó el verdadero comandante, Smirnov, que había sido jefe de Estado Mayor del distrito de Varsovia. Pero fué un comandante de fuerte sin atribución ninguna, sin mando real. Encontró á Stoessel que, perdidos todos sus dominios y reducido á Port-Arthur, asumió todos los poderes y no dejó que se le escaparan de las manos. Smirnov tenía el deber de decir: «¡Aquí mando yo!» No lo dijo. Se asegura que es un hombre de gran valía; pero aquí no ha podido demostrarla. Vivía aislado, en la más falsa de las posiciones.

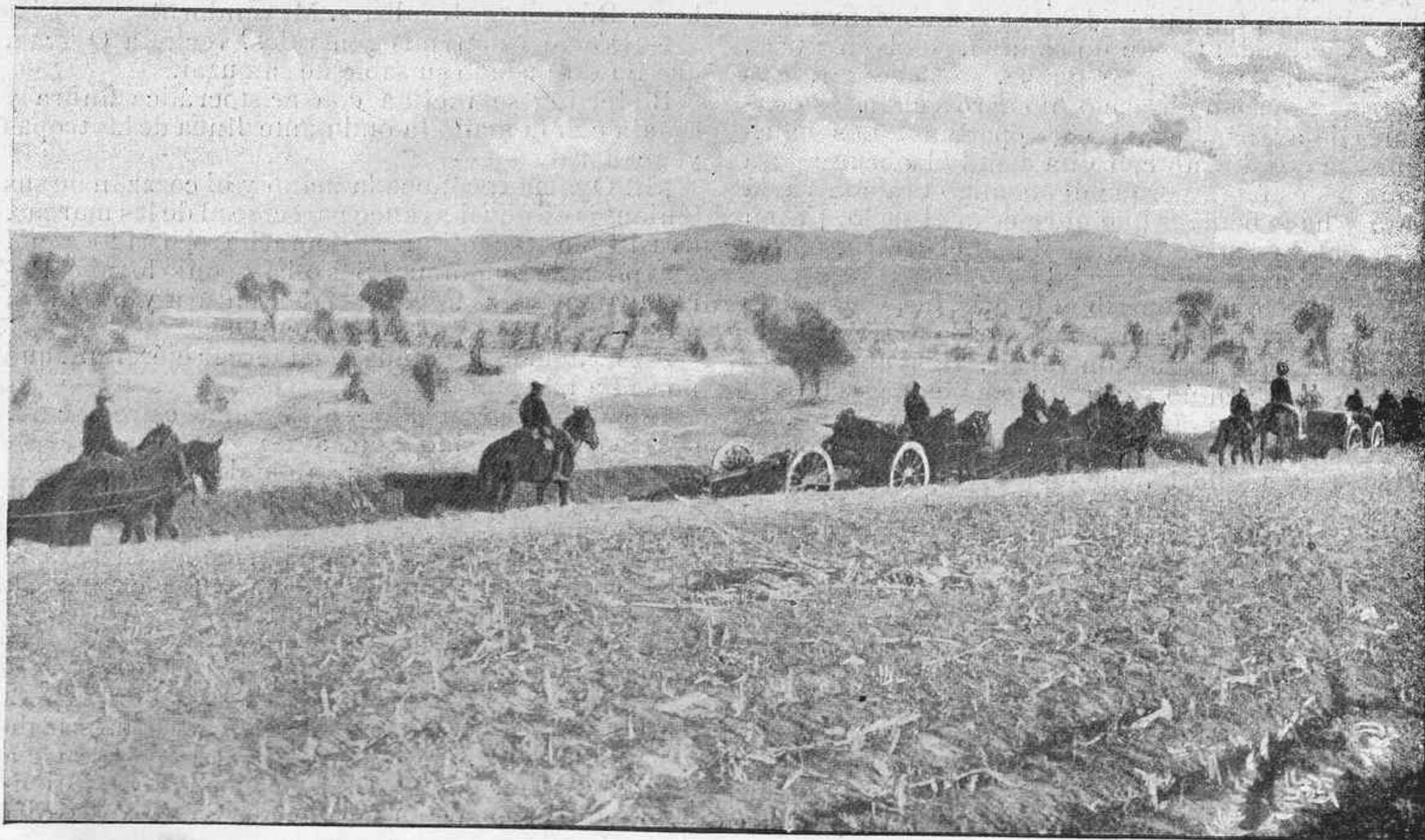
»El verdadero jefe de la defensa era Kondratenko, en el que Stoessel tenía gran confianza, y bien merecida por cierto. Kondratenko procedía del arma de artillería; era joven, muy inteligente, muy culto, valeroso, audaz y modesto como una mucha-

cha. Todos le adoraban; inspiraba una confianza ciega. Cuando llegaba á la línea de defensa las tropas le aclamaban. El coronel de ingenieros Raschievski era su brazo derecho. También era bravo, peritísimo, dispuesto siempre á la lucha. Cooperaba á su obra el coronel de Estado Mayor Naumenko, hombre de inteligencia clara, de cultura profunda, de alma impávida. Parecía que mientras viviesen estos tres hombres Port-Arthur debía ser inexpugnable. Uno pensaba en los soldados, otro en los cañones, otro en los fuertes. Eran un estratega, un artillero y un ingeniero encarnados en tres héroes. Eran los más notables, los más queridos, los más audaces, los mejores. ¡Una bomba les mató á los tres!

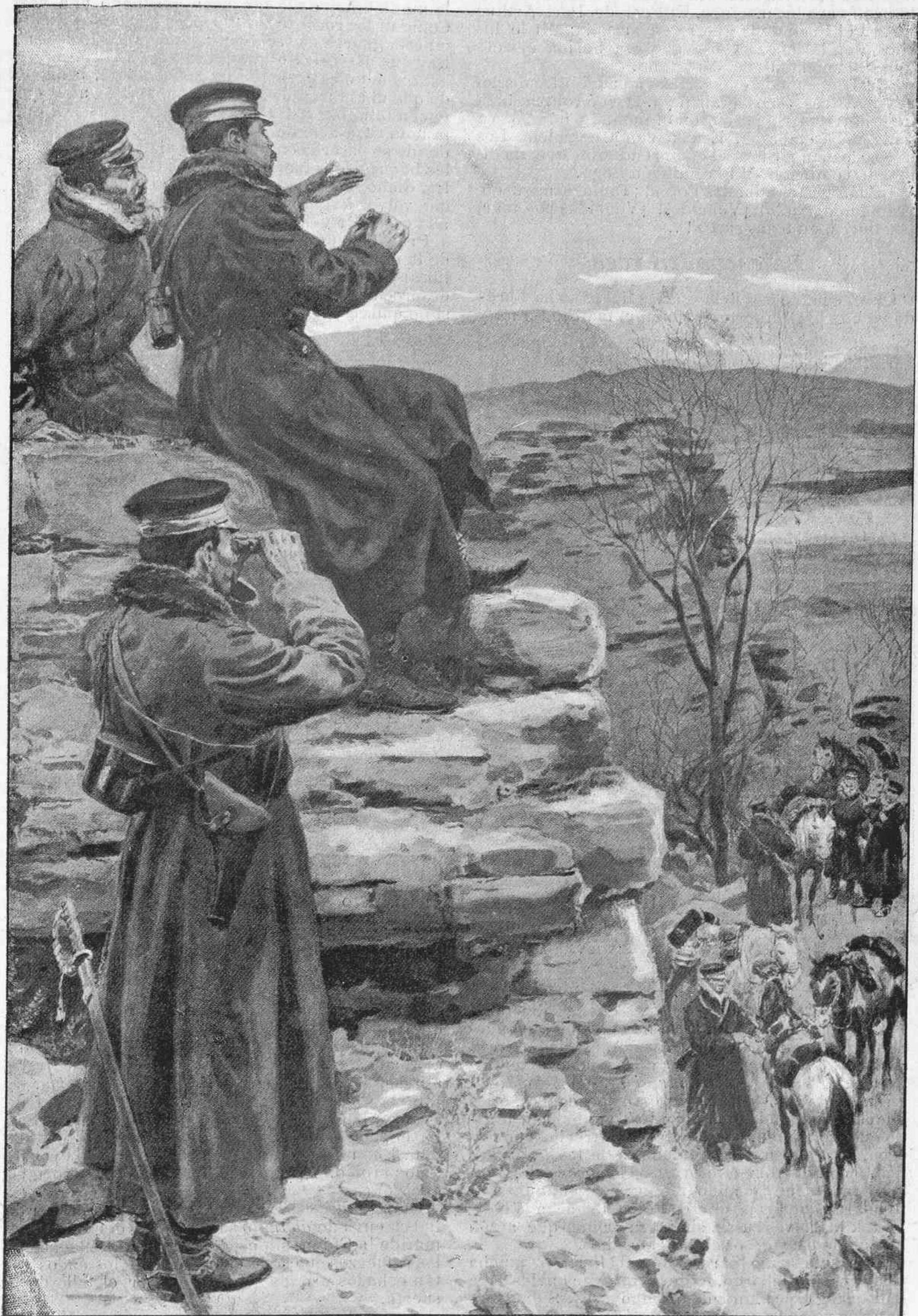
»El 14 de diciembre Kondratenko, Raschievski y Naumenko hallábanse en una casamata del fuerte número 3, ocupados en estudiar un plano. En torno suyo había trece oficiales. Los japoneses bombardeaban. Raschievski exclamó bromeando:—«¿Estamos seguros?»—Kondratenko respondió sonriendo:—«Así parece»—Aun no había pronunciado estas palabras cuando una granada de 28 centímetros, rompiendo el techo formado de enormes vigas, estalló entre ellos. Siete oficiales quedaron muertos, ocho heridos. Uno solo, que estaba cerca de la puerta de entrada fué arrojado incólume al exterior por la fuerza de la explosión. ¡La defensa quedaba decapitada!

»No faltaban generales, no; hasta los había con exceso, viejos y jóvenes, que paseaban por Port-Arthur. Eran nulidades. El general Smirnov pidió á Stoessel ocupar el puesto de Kondratenko. No sé lo que habría hecho; pero era el hombre más indicado para el caso. Pero Stoessel nombró á Fock y Fock no tenía el talento ni la bravura de su predecesor.

»Fock mandaba las fuerzas que á fines de mayo combatieron en Nanshan y debe usted recordar como fué batido. Los soldados no tenían confianza en él. Fock es demasiado viejo, demasiado prudente, amigo de ceder á tiempo para no arriesgarlo todo. La muerte de Kondratenko descorazonó á to-



LA ARTILLERÍA RUSA RETIRÁNDOSE DE TIELING Á KHARBÍN



OFICIALES JAPONESES OBSERVANDO LAS POSICIONES DE LOS RUSOS

dos. Fué para los soldados lo que la muerte de Makharoff para los marinos. El Fock de Port-Arthur no era el Fock de la guerra de Turquía; allí le hirieron en la cabeza y creo que esa herida ejerció una influencia fatal en su ánimo.

»Casi en seguida empezamos á padecer los mayores desastres. Se esperaban ya. Quedó rota la línea de los fuertes. Se perdieron el núm. 2 y núm. 3. Ya nada nos asombraba. Era la ruina completa. Los que rodeaban á Stoessel comprendieron que meditaba la rendición. Y la rendición llegó.

»¡Cuán tristes aquellas horas! ¡Tanta sangre derramada en vano! ¡Vencidos! ¡Vencidos por mar, por tierra, en todas partes! ...»

La escuadra rusa

Quizá cuando escribamos estas líneas se ha librado ya una batalla formidable en el mar de China y

salir indemne del puerto fatal. ¿Por qué no repetir la maniobra que dió tan buen resultado una vez? Como ni los rusos ni los nippones han dado pruebas en esta guerra de ser amantes de la variedad, no hay que descartar esta tercera hipótesis.

Lo que no es capaz de entender nadie, á menos de que el almirante ruso haya inventado algo que pueda fulminar á la escuadra enemiga, es por qué la flota rusa abandonó las aguas de Madagascar, donde se pasara setenta y ocho días, sin aguardar los buques de refuerzo que trae Nebogatov, los cuales, dicho sea de paso, quedarán aislados y tendrán que volver á repasar el mar Rojo como ya le ocurrió á la escuadra del almirante Vienenius.

Probablemente no debe haber emprendido el jefe de la escuadra del Báltico su viaje con intención de librar batalla, pues en tal caso no se comprende que despreciara el apoyo de los buques de Nebogatov. Y si no quiere batalla ¿cómo podrá evitarla, teniendo



BATALLA DE MUKDEN.—OFICIAL RUSO
HACIENDO ENTREGA DE SU
REVOLVER Á UN SOLDADO JAPONÉS

los rusos ó los japoneses son ya dueños del mar. Pero si el combate aun no se ha empeñado no puede tardar muchos días en empeñarse. O la escuadra de Rodjestvenski vencida por la japonesa tendrá que seguir la suerte del *Czarevitch*, del *Askold*, del *Diana* y de varios destructores ó torpederos, ó los buques que manda el almirante Togo habrán tenido que refugiarse, derrotados y maltrechos, en Sasebo, en Yokosura, en cualquiera de los arsenales del Japón, dejando á los rusos el *power sea*, momentáneamente cuando menos. Hay una tercera hipótesis: que los japoneses dejen llegar á Vladivostok las naves rusas, sin intentar más que algún ataque de torpederos en los estrechos.

Esta suposición parece descabellada á mucha gente y, sin embargo, es de las más racionales dada la estrategia prudente de los japoneses. Siete acorazados y varios cruceros rusos buscaron un refugio en Port-Arthur y ninguno de ellos consiguió

sus enemigos unos barcos que corren mucho más que los rusos?

Si llega á Vladivostok se verá de todos modos obligada á combatir á menos de quedar encerrada allí como la de Port-Arthur, de triste memoria.

Se advierte de un modo patente que la orden de avanzar hacia Vladivostok, la dió el gobierno de San Petersburgo al día siguiente de la derrota de Mukden. Fué resolución dictada por la cólera, por el amor propio. Y jamás dieron buen resultado tales decisiones.

Quizá ahora está ya arrepentido el Emperador de haber enviado *ab irato* su escuadra del Báltico al mar de la China, sin esperar siquiera la llegada de los refuerzos que se le enviaba. Pero los dados están echados y nada puede cambiar el fallo de la suerte.

A. RIERA.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

PORT-ARTHUR

POR

— HESIBO TIKOVARA —

COMANDANTE DEL TORPEDERO "OSIVA,"

Este tomo es una relación completa de las operaciones que, desde el principio de la guerra hasta la toma de Port-Arthur, realizó la flota japonesa mandada por el almirante Togo. Aparecen todos los episodios más salientes de la famosa campaña: La sorpresa del 9 de febrero, la muerte del almirante Makharoff, la tremenda derrota del 10 de agosto, la destrucción de la escuadra de Port-Arthur, el combate de los cruceros japoneses con los de Vladivostok, el último combate del *Novik*, etc.

Es una obra que despierta el interés del lector como pudiera hacerlo la mejor novela y es, además, obra histórica, pues no faltan en ella ningún dato, ninguna fecha, ningún detalle de los que tienen interés para la historia.

Precio: 8 reales.

EN PREPARACION

DEL YALÚ A MUKDEN

POR

— AUGUSTO RIERA —

NAMI-KO

Se ha puesto á la venta la segunda edición de esta obra notablemente corregida

Precio: 2 pesetas.

OBRA NUEVA

CADENA ETERNA

POR

CAROLINA INVERNIZIO



**Una
peseta**

**cada
tomo.**

La boda trágica, La hija del cementerio, Hija sin padres, y El triunfo de la inocencia son los títulos de las cuatro partes que componen la hermosa novela de Carolina Invernizio *Cadena eterna*, traducida fielmente al castellano y publicada por la Casa Editorial Maucci.

Esta novela emocionante é interesantísima constituye un verdadero timbre de gloria para la Invernizio, que se ha esmerado una vez más, en la creación de escenas dramáticas, tiernas, delicadas, rebotantes de sentimiento y llenas de intensísima y pura pasión.

Con obras como *Cadena eterna*, nada tiene de extraño que Carolina Invernizio goce de tan justa fama y tan merecido renombre.

Los cuatro tomos que forman la obra pueden adquirirse en junto ó por separado.

Cantaores andaluces

POR G. NUNEZ DE PRADO

Precio: Una peseta

TOS
POR PUENTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas